

LECCION
DEL DOS DE MAYO
DE 1808

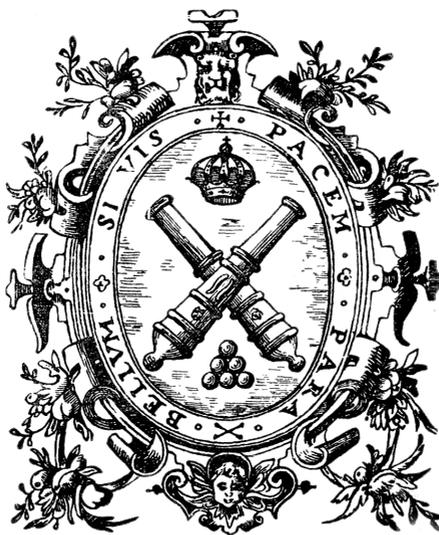
MMXXIII

LECCIÓN DEL DOS DE MAYO DE 1808

ELOGIO DE LOS CAPITANES DON LUIS DAOÍZ Y DON PEDRO VELARDE, HÉROES DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA, MUERTOS EN EL SERVICIO SUPREMO A LA PATRIA; RELATADO POR EL CAPITÁN DEL ARMA:

D. ANDRÉS MARTÍNEZ PONTIJAS

AÑO



2023

Editado en Segovia, Imprenta de la Academia de Artillería

“Esta lección del dos de mayo de 2023 fue impartida en el Patio de Orden de la Academia de Artillería, por el Capitán Profesor de la Academia de Artillería, Don Andrés Martínez Pontijas, en el acto presidido por el General de Ejército Jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra, Excmo. Sr. D. Amador Enseñat y Berea, para conmemorar los sucesos ocurridos en Madrid el dos de mayo de 1808.”



Excelentísimo Señor General de Ejército Jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra, Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Señores Oficiales, Caballeros y Damas Alféreces Cadetes, Suboficiales, Sargentos Alumnos, Caballeros y Damas Alumnos, Artilleros, Damas y Caballeros.

Fieles a nuestras tradiciones, los Artilleros nos reunimos un año más para conmemorar la hazaña que hace ya 215 años llevaron a cabo los Capitanes del Arma Daoiz y Velarde junto al noble pueblo de Madrid. No se me ocurre mejor escenario para ello que éste, en nuestro Real Colegio de Artillería, en presencia de los descendientes de nuestros héroes, y en Segovia, cuna de nuestra Arma.

La nuestra es una Historia repleta de hechos de armas notorios a lo largo y ancho del mundo, de combates y conquistas extraordinarias. No obstante, me atrevería a decir que hay muy pocos con la trascendencia para nuestra Patria que tuvieron los que honramos hoy, y es por eso que, en virtud de lo marcado por el Real Decreto de la Regencia de 1812, y habiendo recibido la orden

del Ilmo. Sr. Coronel Director de la Academia de Artillería, recae en esta ocasión en mi persona el honor de impartir la Lección del Dos de Mayo. Este hecho me llena de orgullo como español, como militar y como Capitán de Artillería. Supone un privilegio añadido el que los principales destinatarios de la misma sean los Alféreces Cadetes y Sargentos Alumnos de la Academia, savia nueva de nuestra Arma de Artillería que, en los años venideros, habrán de servir en primera línea en las Unidades de nuestro Ejército.

Procederé a continuación a relatar los sucesos acontecidos en Madrid aquel día glorioso y terrible, concretamente en el parque de Artillería de Monteleón, donde Daoiz y Velarde, pero también Ruiz, del Rey, Pastrana, Alonso, Malasaña, Pacheco y otros muchos luchadores anónimos escribieron, con el supremo sacrificio de sus vidas al servicio de España, sus nombres para siempre en la Historia de nuestra Patria.

Pero antes de conmemorar los hechos que fueron la chispa del levantamiento en armas de toda la nación contra el invasor francés,

es de rigor hacer una breve reseña de los dos héroes que iniciaron tan señalada gesta.

Don Luis Daoiz y Torres nació en Sevilla el 10 de febrero de 1767. A los 15 años ingresó en el Real Colegio de Artillería de Segovia, siendo promovido al empleo de Subteniente en 1787. Participó en la defensa de las plazas de Ceuta y Orán, y en la campaña del Rosellón, donde fue hecho prisionero y sufrió cautiverio. Tras su liberación, prestó sus servicios como Artillero en embarcaciones de la Armada, participó de la defensa de Cádiz contra la escuadra del almirante Nelson y realizó, a bordo del navío San Ildefonso, dos viajes a las Américas. En sus últimos años de servicio, desempeñó funciones técnicas y científicas. Era un hombre con gran experiencia en combate, un militar ilustrado y un oficial de enorme prestigio en el cuerpo, donde por su carácter sereno, reflexivo y prudente, se le apodaba “el Abuelo”. El dos de mayo de 1808, a la edad de 41 años, Daoiz estaba destinado en Madrid, como capitán del tercer Regimiento y encargado del Parque de Monteleón.

Don Pedro Velarde y Santillán, cántabro oriundo de Muriedas, nació el 19 de octubre de 1779. Ingresó con 14 años en el Real Colegio de Artillería de Segovia, donde destacó por sus excelentes dotes intelectuales, su carácter alegre e impetuoso y su talento científico. Fue promovido al empleo de Subteniente en 1799, tomando parte en la campaña de Portugal y alcanzando el empleo de Capitán en tan solo 5 años, en 1804. Ese mismo año pasó destinado al Real Colegio como profesor, por sus conocimientos técnicos y trabajos en innovación de materiales de artillería. Posteriormente fue destinado a Madrid como secretario del Estado Mayor de la Junta Superior del Cuerpo, destino que desempeñaba en la mañana del dos de mayo de 1808, a los 28 años de edad. Velarde era un oficial de enorme preparación técnica, fuertes convicciones morales y grandes dotes de liderazgo.

A sí pues, el lunes dos de mayo de 1808 nuestros dos protagonistas se encontraban destinados en Madrid, en un momento histórico extremadamente

convulso. Desde 1805, la guerra entre el Imperio de Napoleón Bonaparte y otras naciones europeas, entre ellas Gran Bretaña, sacude y estremece el continente. Tras la batalla de Trafalgar, los franceses decretan un bloqueo comercial al que Portugal no se une. Fruto de este alineamiento, Francia y España firman en octubre de 1807 el tratado de Fontainebleau, que estableció una alianza militar entre ambas naciones, el reparto del territorio portugués y acceso militar terrestre a las tropas francesas por territorio español.

Sin embargo, pronto se hace patente la doblez del francés, cuando, durante los meses posteriores a la firma del tratado, las tropas imperiales no solo se dirigen a Portugal, sino que ocupan plazas fuertes en ciudades como Pamplona o Burgos, y por supuesto Madrid. El pueblo español ve cada vez con más recelo la presencia de estas fuerzas de ocupación, que se cuentan por miles, y los incidentes, a menudo sangrientos, se multiplican.

En marzo de 1808, el motín de Aranjuez provoca la caída de Manuel Godoy y la

abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando VII, quedando éste retenido por el francés en Bayona desde abril. Fracasada también la llamada “confabulación de los artilleros”, con la que se pretendía conseguir un levantamiento generalizado en el país y la liberación del rey Fernando, España, desarbolado el gobierno y al mando de una tibia junta de gobierno con escaso poder real, queda a merced de la cada vez más evidente ocupación francesa. Así, el día 2 de mayo de 1808, 35.000 efectivos franceses veteranos al mando del General Murat se encuentran acantonados en los alrededores de Madrid, y todo intento organizado de resistencia parece haber sido atajado.

Al amanecer de ese día, el rumor ha corrido por la ciudad de que los franceses tratan de trasladar al Infante Don Francisco de Paula, último Borbón en España, a Bayona, para consumar definitivamente la ocupación eliminando la dinastía. Un nutrido grupo de paisanos y partidarios del Rey Fernando se arremolina delante del Palacio Real para impedirlo, ante lo que

el general Murat envía un destacamento, con dos piezas de artillería, a dispersar a la muchedumbre. Ante la animosidad imperante, los cañones disparan sobre la multitud que huye incrédula, dejando la plaza ensangrentada en el más absoluto caos.

Pero los franceses están lejos de imaginar el avispero que han sacudido con tan infame acción: los madrileños, como pronto toda la nación española unida, hartos de la soberbia y las tropelías del invasor, salen a la calle, todos, sin distinción de credo, sexo o condición social, con el único fin de acometer a todo francés que se encuentren en su camino y hacerle pagar cara su insolencia, haciendo honor a las palabras del poeta Bernardo López García en su Oda al Dos de Mayo: “Que no puede esclavo ser, pueblo que sabe morir”.

Aunque en un primer momento los madrileños logran causar bajas a las fuerzas francesas aisladas o desprevenidas, las órdenes de Murat activan rápidamente a los destacamentos franceses acantonados en

la periferia de la ciudad, que se dirigen implacablemente hacia los lugares estratégicos de la Villa, reprimiendo con dureza la revuelta y atacando indiscriminadamente a cuantos civiles encuentran en la calle.

Muchos paisanos, conscientes del desequilibrio de fuerzas, acuden a los cuarteles a reclamar la ayuda del ejército y conseguir armas y municiones. Es el caso del Parque de Monteleón, donde una muchedumbre creciente se agolpa a las puertas y donde el capitán Daoiz ha asumido el mando. Al poco tiempo llega el capitán Velarde, acompañado por el Teniente Jacinto Ruiz Mendoza, otro de los héroes de esta jornada, y varias decenas de soldados de Voluntarios del Estado. Nada más llegar, Velarde se enfrenta al jefe del destacamento francés acantonado en el Parque y logra su rendición y la de toda su fuerza, siendo hechos prisioneros.

Daoiz, militar veterano y disciplinado, ferviente patriota y hombre reflexivo, se encuentra ante una situación amarga y desoladora: frente a las órdenes de no

fraternizar con el pueblo y no intervenir contra los franceses, podía oír como éstos últimos ametrallaban sin piedad a la gente indefensa. Finalmente, con la llegada de Velarde, incapaz de soportar semejante afrenta por más tiempo, ordena abrir las puertas al grito de: “¡Las armas al pueblo! ¿Acaso no son nuestros hermanos?” Piedras de chispa, cartuchos, fusiles y sables son distribuidos entre vítores al paisanaje. Los militares, con gran refuerzo de paisanos, se preparan para defender el Parque contra el mejor ejército del mundo, conscientes de que ningún obstáculo será, para un español, tan grande que no pueda superarlo.

Pronto, una primera columna de franceses del Batallón de Westfalia llega a las puertas del Parque, exigiendo su rendición y al no recibir respuesta, sus gastadores tratan de derribar las puertas. Es en ese momento cuando los cañones españoles hacen fuego desde el interior, haciendo trizas puertas y franceses por igual. El enemigo se bate en retirada despavorido bajo una granizada de disparos, y artilleros y paisanas, ceñudos,

resueltos y enardecidos por el estampido del cañón, empujan las piezas al exterior para enfilear las calles. Daoiz, impertérrito, manda el servicio en fuego desde la primera línea, demostrando que los puestos de mayor riesgo y fatiga son los puestos de mayor honor.

Las fuerzas enemigas que asedian el parque reciben refuerzos y el castigo francés se recrudece. A pesar de la tenaz resistencia española, los franceses están a punto de llegar al asalto cuando la intercesión de un Oficial español venido desde la Junta de Gobierno organiza un improvisado parlamento. Instado a capitular, Daoiz se niega, haciendo honor al proverbio latino “Fortis cadere, cedere non potest”: “Los fuertes podrán caer, pero no rendirse”. En ese momento, una refriega provoca el tiro de un cañón que destroza la vanguardia francesa. Los artilleros capturan más de doscientos prisioneros, incluido el Coronel al mando de la fuerza atacante.

En este momento, Monteleón es ya prácticamente el único lugar de Madrid donde

aún se combate. Artilleros, paisanos, Voluntarios del Estado, sin parapetos ni trincheras, a pie firme y pecho descubierto, unidos bajo el liderazgo de Daoiz y Velarde, resisten el embate implacable de fuerzas en teoría muy superiores, demostrando que el valor individual supone mucho, pero el valor colectivo y el espíritu de equipo lo pueden todo. Ante el creciente número de bajas causadas por la obstinada resistencia española, el duque de Berg, fuera de sí, ordena realizar un asalto en masa sobre las maltrechas fuerzas españolas, a cargo del general Lagrange.

En este asalto final, retumbando incesantemente los cañones, nuestros héroes, luchando, defienden su vida y reciben la muerte, el mayor premio para el valiente. Velarde es abatido por un disparo en el corazón cuando salía sable en mano a reforzar la línea de piezas. Daoiz, herido en una pierna, se desploma contra el cañón, mientras las fuerzas francesas sobrepasan la posición y logran penetrar, al fin, en el Cuartel. El general Lagrange le increpa con desprecio, llamándole traidor.

Ante el insulto, Daoiz, herido, tizado de pólvora el rostro y ensangrentado el uniforme, se incorpora y, bravo y fiero como un león en el campo de batalla, atraviesa al general francés con su sable antes de caer bajo las bayonetas, al pie del cañón.

A sí fue como los Capitanes Daoiz y Velarde alcanzaron la inmortalidad, teniendo siempre presente que por encima de todo está la misión. Misión que cumplieron, pues estos hechos fueron el detonante que arrastraría a toda la nación a una guerra sin cuartel al invasor, y que fue el primer golpe a la supremacía francesa en Europa. Unieron su destino al del pueblo en una lucha desigual, y se mantuvieron firmes y fieles a las leyes del compañerismo, su doctrina, hasta las últimas consecuencias. Cade-tes y Alumnos, nuestro sino es el combate en primera línea, como hicieron ellos, y como dice el Real Decreto, debemos hacernos dignos de nuestra honrosa profesión, demostrar nuestra valía y atesorar sus virtudes para asegurarnos de estar a su altura a la hora de la verdad.

Permitidme que desglose ahora esas virtudes:

La LEALTAD y el COMPAÑERISMO, leyes que deben siempre imperar en los ejércitos, son el vínculo que debe siempre hacernos marchar unidos, como reza nuestro himno. Desde el momento que tomaron la decisión de enfrentar al enemigo, de pugnar en íntima rebeldía contra las órdenes recibidas, hicieron suyo el destino de cuantos combatieron a su lado, y con ello, engrandecieron el nombre de la Patria.

La CAPACIDAD de DECISIÓN, por la que, sintiendo la tristeza profunda que precede a las grandes resoluciones, enfrentado a un abismo abierto, con su ingrata incertidumbre, Daoiz resuelve afrontar su destino y entregar las armas al pueblo, luchando por el honor y la dignidad de la Patria. La entereza necesaria para tomar decisiones como ésa debe trabajarse con tesón en todos los actos de nuestra vida.

El AMOR AL SACRIFICIO, que, voluntaria y conscientemente, les impulsó no solamente

a mantenerse firmes y serenos en una situación desesperada, sino a inflamar, con su ejemplo y arrojo, el valor y la voluntad de combatir de todos cuantos allí se encontraban. No cabe duda de que la heroica resistencia del Parque se debió en gran medida a su estoica abnegación.

Y por supuesto, el AMOR A LA PATRIA, virtud motivadora de todo lo que aconteció, y que no es otra cosa que el amor a la tierra, a la cultura y a sus gentes, y por el que no habrán de tolerar desprecio alguno. Esta última y más importante virtud, no es exclusiva de estos insignes capitanes, sino de todos los que allí combatieron, y murieron, en defensa de la soberanía de España y la libertad de su pueblo. En estos tiempos en que estas virtudes tal vez no se valoren tanto, conviene recordar las palabras de don Benito Pérez Galdós en sus episodios nacionales: “El más poderoso genio de la guerra es la conciencia nacional, y la disciplina que da más cohesión el patriotismo.”

Artilleros, atesorad en vuestro interior la lección de los hechos gloriosos que nuestros predecesores, los Capitanes Daoiz y Velarde, a coste de sus vidas, hicieron por nosotros, para que hoy pudiéramos ser libres, y preparaos cada día de vuestra vida para cuando pudierais ser llamados a emular su ejemplo.

LAUS DEO

